

Lidia Jorge

El viento silbando entre las grúas

TRADUCCIÓN DE MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

O Vento Assobiando nas Gruas
Relógio d'Água, Editores, 2001.

Primera edición: mayo de 2023

© Lidia Jorge

© de la traducción del texto, María Jesús Fernández

© de la cubierta, Pancho Salmerón

Edición © La Umbría y la Solana, 2023

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

Corrección de textos: Ana Santamaría

ISBN: 978-84-126248-0-9

Depósito legal: M-30480-2022

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

*El mundo es una extensa narración, pero quien le teje la intriga,
grande o pequeña, somos nosotros —A todos aquellos que me habla-
ron de sus enigmas, por compartir la misma sospecha.*

*Y también a quien escribió en la pared de la Avenida la siguiente
frase: Ven solo y trae contigo las estrellas.*

*A Jean Stein, que conoció a Faulkner tan bien, y sin embargo
no le importó oír con paciencia la historia de Milene, cuando era
solo un esbozo entusiasmado.*

*Principalmente a mi querida familia, que soporta que yo viva otras
vidas, en primer lugar.*

*La mano que hace ondular el agua en el pantano
agita aún más la arena; la que detiene el soplo del viento
levanta las velas de mi sudario.
Y yo no tengo voz para decirle al hombre ahorcado
que de mi arcilla está hecho el lodo del verdugo.*

Dylan Thomas

Ceremonia

Aquella tarde calurosa de agosto, el cuerpo alargado de la vieja fábrica todavía estaba allí extendido al sol. No exactamente intacto, pues en esa época ya el tejado verdusco se abombaba como si la ondulación del mar se prolongase en la cobertura del edificio. También los alféizares de algunas ventanas ostentaban ramilletes de hierbajos finos dispuestos en forma de cabellera, colgando hacia la tierra. La propia inscripción frontal, «Fábrica de Conservas Leandro 1908», ya había perdido casi todas sus letras, y a cierta distancia solo se descifraba *servas* y *908*, formando una especie de señal cabalística inscrita en la pared blanca. Pero esos hechos poco o nada interesaban. Milene se encontraba parada enfrente del viejo edificio, únicamente porque esperaba que el portón se abriese y alguien apareciese para hablar con ella.

Al hombro, Milene traía una bolsa de playa, y tenía las manos libres, pero cuando las unía, se deslizaban como si las tuviese untadas de una grasa pegajosa, precisamente porque desde las once y media de la mañana había atravesado varias veces la maleza, siguiendo las marcas de un sendero que había por allí. Solo más adelante esa vereda se confundía con el lecho de los raíles de acero, dos barras paralelas junto a las que se había parado. El sol de las tres de la tarde le dibujaba una sombra corta en el suelo, y el pelo se

le pegaba a la frente, bajo la presión del sombrero de paja. Pero, en ese primer momento en que la veo y todo empieza de nuevo, Milene se lo había quitado y lo agitaba como si fuese un abanico, delante del cuerpo interminable de la vieja fábrica.

Realmente era un día de calor intenso.

El *Clio* que había aparcado allí enfrente, medio inclinado sobre el arcén, hervía bajo el sol abrasador. Las once palmeras a los lados de las paredes no movían ni una rama, como si fuesen de hojalata pintada de verde. Por la carretera estrecha no pasaba ni un solo vehículo, como si una larga siesta española hubiese descendido sobre la orilla del mar. Milene se hallaba delante del portón principal y quería llamar a alguien que le pudiese explicar lo que había sucedido la noche del jueves pasado. Y por eso ya había ensayado la llamada, hasta sabía de memoria la pregunta que había que hacer. Sería así: «*Eh! ¿Hay alguien ahí? ¿Trabajadores de la fábrica? ¿Hay ahí alguien que me explique lo que pasó el jueves pasado?*». No necesita repetirlo otra vez. Estaba satisfecha consigo misma, aquella era exactamente la pregunta que necesitaba hacer. En ese sentido, Milene ensayó unos pasos en dirección a las edificaciones, sacó un pañuelo del bolso para limpiarse el sudor de la cara, pero ya en el asfalto se paró. Todavía no estaba segura.

Necesitaba pensarlo mejor.

Bien visto, si llamase a alguien en aquella hora de calor, cuando ni los pájaros parecían estar despiertos, sería como si estuviese colocando un punto final definitivo en la búsqueda que había emprendido, andando de acá para allá a

lo largo de la vereda. Significaba que habría renunciado a encontrar por su cuenta una pista que pudiese recoger para mostrársela a sus tíos. Algo que permaneciese muy íntimo, secreto, solo entre ella y los miembros más próximos de la familia. Si empezase a llamar: «*Oiga, ¿hay alguien ahí?*», sería prueba de que había renunciado a encontrar, con sus propios medios, las palabras necesarias para explicar lo que le había pasado a la abuela Regina, durante la noche del catorce al quince de agosto, o como si necesariamente precisase de las palabras de otros para poder construir su propia versión de los hechos. Cuando los tíos llegasen, a ella le gustaría empezar diciendo: «*Queridos tíos, yo estaba en casa, alrededor de las doce del viernes, estaba oyendo a los Simple Minds, y en esto que llaman a la puerta y eran dos agentes de la Guardia Nacional Republicana preguntándome si yo sabía dónde estaba la abuela Regina. Y después, sin más, los agentes desviaron la mirada y me dijeron aquello...*». Eso era lo que ella quería decirles.

Quería contar con sus palabras todos esos trámites, porque en el fondo deseaba controlar una situación que le atañía, más que a cualquier otra persona, a sí misma. Pero pretendía contarlo todo, con la seguridad propia de la persona adulta que era, y no como si fuese la especie de niña por quien la tomaban. Pues ella no tenía ni diez ni doce, ni veinte años, tampoco, al contrario, se sentía una joven completamente responsable, y la prueba es que había estado andando, hacia adelante y hacia atrás, a la búsqueda de una huella de la abuela, un cabello, un pañuelo, un tubo, un frasco, o incluso una hoja o una rama partida, cualquier cosa que explicase lo sucedido, o por lo menos lo confirmase. Había procedido minuciosamente, sin encontrar ningún

rastró, aunque ella supiese como nadie que la abuela había pasado por allí. También el suelo pelado y sus objetos esparcidos alrededor lo sabían. Sin sombra de duda, lo sabían tan bien como ella. Pero la arena, la gravilla y las juncias, así como los raíles de hierro sobre los que antiguamente se deslizaban los vagones de leña, al igual que los árboles viejos caídos aquí y allá, todo era parte del silencio obstinado de las cosas calladas, no eran más que testigos pasivos, personajes mudos de la Naturaleza que ciertamente tenían un saber y una memoria y a la hora de la verdad nunca hablaban. Por más que una persona las interrogase, permanecían escondidas, secretas, sin responder. No responder era su respuesta. Milene sentía hasta ganas de volver atrás y decirles en voz alta: *«Pedazo de liantes, idiotas, estúpidos, hablad de una vez...»*.

Solo que no podía ponerse a gritar en un descampado contra los objetos que componen el mundo, como si fuese una imbécil. O como si tuviese diez años de edad. Lo único que podía hacer era imaginar que todas esas cosas calladas se unían para ocultar la noche del jueves con el fin de que ella no supiese qué decir a los tíos. Milene continuaba de pie, refrescándose y mirando hacia todos los seres mudos que componían el paisaje, sabiendo de antemano, con rabia, que de ellos no conseguiría nada más.

«Pedazo de brutos, estúpidos, hablad...».

Esa era la razón por la que había pasado la mañana buscando. Sin embargo, si fuese solo para sí misma, no lo habría hecho, pues los datos que poseía ya eran suficientes, no necesitaba otros. Al fin y al cabo, a lo largo de los últimos días,

había acumulado información suficiente para reconstruir la noche en que la abuela Regina había escapado a la vigilancia de los empleados de la ambulancia. Reconstruir los hechos era solo una cuestión de querer hacerlo. Allí mismo, en aquel lugar, al sol de las tres de la tarde, cerraba los párpados y, sin hacer el más mínimo esfuerzo, veía muy bien la imagen de la abuela Regina en camisón, ocupando todo el paisaje, toda entera, cuerpo y camisón, rellenando de punta a punta el blanco y negro de la noche del jueves. Allí mismo donde estaba, solo con quererlo, Milene hacía que las imágenes corriesen hacia atrás, como en la pantalla de la televisión cuando rebobinaba una película, y la atmósfera de ese final del día se le presentaba nítida, como el rojo de la puesta del sol deslizándose sobre la llanura, y después la penumbra del crepúsculo cayendo sobre la gasolinera y condensándose sobre la vereda que había tomado la abuela Regina. Veía a la abuela Regina, nítidamente, como si ella misma la hubiese acompañado en persona, así como las marcas dejadas por sus pies descalzos a lo largo del sendero de tierra. Veía muy bien el movimiento de sus pasos, imaginándolos desequilibrados, lentos y tenaces, imparables, en dirección al sitio donde deseaba llegar, y donde ella deseaba llegar era a la Fábrica de Conservas Leandro 1908, aquel montículo de ladrillo y teja, situado en medio del Mar de Prainhas, llamado por la familia con el nombre secreto del *diamante*. También veía en esa marcha sus manos nudosas sin anillos, su cuello torcido sin cadenas ni collares, su pelo blanco, últimamente cada vez más corto, como si alguien estuviese empeñado en quitarle el marco a su rostro, sin saber por qué.

Pero verla y acompañarla con la imaginación, y con la imaginación tener la certeza de que todo había sucedido

así, que la abuela había caminado por sus propios medios, sin que nadie la hubiese transportado a lo largo del camino de tierra, hasta llegar al umbral del portón principal para sentarse una vez allí a descansar, era una cosa, y demostrar con pruebas ese recorrido era otra bien diferente. Por eso Milene había pensado en regresar, una vez más, a los lugares donde el camino libre de hierbas podría ofrecer una superficie lo bastante moldeable para que hubiese quedado allí impreso un surco que le permitiese decir a los tíos: «*Sí, tíos, estoy segura, nadie la llevó cogida, fue andando, andando sola, hasta llegar al diamante. Huyó de la ambulancia parada junto a la gasolinera. Se puso en camino por sí misma, yo vi una huella...*». Y aquello sería prueba suficiente de que la abuela habría pasado por allí. Milene, sin embargo, ya había perdido la cuenta de las veces que se había inclinado sobre las desnudas superficies de arena, sin ningún resultado, y por eso algo le decía ahora que no valía la pena volver hacia atrás y recomenzar todo de nuevo. Lo había decidido. Prescindiría de la búsqueda en la maleza.

Iba a volver al *Clio*.

Pero entre el querer y el actuar existe un átomo habitado por otro, un desconocido rápido, un imprevisto, como solía decir João Paulo. De modo que en vez de dirigirse al coche y arrancar en dirección a Praia Pequena, donde su amiga Violante servía cafés desde por la mañana, detrás de un mostrador de bar, y la esperaba, Milene avanzó carretera adelante y comenzó a llamar en dirección al edificio de la fábrica: «¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien o no?».

Se había puesto a llamar a voces, con todas sus fuerzas, sorprendida de oírse a sí misma en una tarde tan tranquila, y de que su voz surgiera como era, fina y frágil, reverberando en lo alto como si fuese grave. La llamada se propagaba por el descampado, aumentando, duplicándose alrededor de ella como si se hinchase. Entusiasmada con el efecto, Milene engoló la voz tanto como pudo, intentó que su pecho fuese todopoderoso para gritar de nuevo: «Oigan... Por favor... ¿Hay alguien en casa?».

Desde el interior del amplio caserón, nadie respondía. La chimenea de ladrillo rojo se erguía por encima de las tejas como un puño inmóvil. La imagen de un puño gigante erguido, saliendo de una realidad decadente como era la fábrica, desafiando a algo que no se veía, pero que debía permanecer en el aire como una amenaza. Una torre de seguridad, la propia seguridad del *diamante*. Entonces Milene siguió llamando, hasta que la voz se le desgastó por completo y le pareció un ridículo graznido de pato: «¿Me oye alguien?», «¿Hay alguien ahí?».

En aquel momento, un camión cargado de sal apareció por el lado del Barrio de los Espejos roncando lento, y el camionero sentado en el trono del conductor pasó mirando hacia adelante, la cabeza inclinada hacia el cristal, los ojos en la carretera como si lo único que tuviese que hacer en la vida fuese llevar detrás de sí aquella montaña de sal, y ni la vio. Milene esperó a que la gran caja abierta se perdiese carretera abajo y desapareciese al fondo. Entonces de nuevo miró el portón, bajo la luz intensa de aquella hora, que no retrocedía ni desandaba, y aceptó los hechos tal como eran. Si alguien se encontraba atrincherado allí dentro, o era sordo o no le respondía a propósito.